

estudios sobre personalidades de la cultura en Venezuela. Aquí fluye la simpatía de la autora por las figuras que analiza. Los títulos de estas aproximaciones sobre vida y obra de seres dignos de la nación los enumeramos a continuación: “Bello, precursor”, “Humboldt en Venezuela”, “Agustín Codazzi” (un militar italiano que sirvió como geógrafo e ingeniero en Colombia y Venezuela), “Rafael María Baralt, poeta”, “San Diego de los Altos y don Cecilio Acosta”, “Gil Fortoul y Alvarado, amigos”, “Luna de 1903” (acerca de una actitud generacional de los modernistas de 1903 expresada en versos de Alejandro Fernández García y Alejandro Caría), “Juan Ramón, el de España y América” (sobre el autor de *Platero y yo*), “José Antonio Ramos Sucre” y “Poesía de Andrés Eloy Blanco” (sobre *Giraluna*, el motivo del mar y el del “carpe diem”).

En conclusión, el libro *Residente en Venezuela* ofrece una variedad y documentación que se hace notar desde sus primeras páginas. Es una demostración de nuestra continuidad tradicional de la cultura europea y es un volumen que encierra un diagnóstico sincero de la realidad espiritual de Venezuela. Aflora la ineficacia que produce un régimen político cifrado en la improvisación y en la riqueza tan abierta de una explotación sin límites. Por último, se desarrolla en él una perspectiva que ensancha la visión de la tarea crítica ordinaria. Modelo de examen literario es el estudio dedicado al lírico Andrés Eloy Blanco. Además, el presente volumen se completa con la utilización de los tres índices, labor crítica fundamental que en nuestro país casi se desconoce: el analítico (pp. 261-265), el onomástico, con datos cronológicos, de nacionalidad y de actividad más importante (pp. 266-282), y el de obras y publicaciones periódicas citadas (pp. 283-289). A estos tres útiles índices, que nos definen la calidad de investigadora de doña María Rosa Alonso por lo fácil de su manejo, se agrega el consabido índice general. Justo es terminar nuestra reseña citando a la doctora canaria sobre el tema de Venezuela y el extranjero: “Hay, pues [escribe en la pág. 49], tantas Venezuelas como personas dispuestas a vivirla y a observarla con atención. País que cambia con el proceso de su gestación es inseguro en la estabilidad que proporciona; ya Alberto Soria, el personaje de Manuel Díaz Rodríguez, de *Idolos rotos*, se lamentaba de ello a comienzos de siglo. A cada quien llega, Venezuela ofrece una experiencia intransferible y única”.

BENJAMÍN ROJAS PIÑA

<https://doi.org/10.29393/At391-39DLBR10039>

*Diccionario de la literatura latinoamericana: Argentina.*

Washington, Unión Panamericana, 1960-1961. 2 vols.

Desde 1958, la Unión Panamericana, por intermedio de la División de Filosofía y Letras del Departamento de Asuntos Culturales —a cargo del profesor Armando Correia Pacheco—, publica provisionalmente un *Diccionario de Literatura latinoamericana* en fascículos dedicados a países

o grupos de países. Hasta ahora han aparecido los que corresponden a Bolivia, Chile, Colombia y Argentina.

El significado de esta labor y los propósitos que con el *Diccionario* se persiguen han quedado expuestos en la Introducción formulada por el profesor Correia. Son dos los motivos que fundamentan a la obra, según explica el introductor: la ausencia de un trabajo similar, por un lado, y por el otro, la necesidad de una unión y un acercamiento culturales del continente americano. Además, esta tarea no es más que un correlato de la esencia del Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana, organismo que desarrolla tal propósito en un campo mayor. En cada uno de los fascículos publicados aparecen sólo dos aspectos de la intención total del trabajo: el diccionario de autores y la bibliografía general de los estudios, ensayos e historias literarias. Se ha dejado para la obra definitiva los siguientes aspectos: el desarrollo histórico de las letras en cada país, el estudio de las tendencias y las influencias literarias, el diccionario de las sociedades e instituciones atingentes, y el índice biobibliográfico de las revistas y los periódicos. De este modo, el profesor Correia puede expresar que el *Diccionario* intenta presentar un panorama de "la evolución literaria en Latinoamérica desde los tiempos coloniales hasta el presente" (pág. vi).

Dedicándome a una rápida observación del fascículo sobre Argentina, es útil transcribir las palabras del introductor: "Por lo que se refiere a la presentación de los varios estudios, el presente volumen está dividido en dos partes: en la primera se incluyen los autores representativos fallecidos (Colonia al presente); en la segunda, figuran sólo autores vivos. En virtud de la extensión del material, cada parte constituye un tomo independiente" (pág. ix). Aunque es explicación la referencia al factor tiempo, de todas maneras, esta separación es odiosa. Todavía más, en el texto intervinieron casi separadamente los seleccionadores y los autores de los nombres. Con respecto a los fallecidos, quien los escogió fue el profesor y crítico Roberto Giusti, secundado en la confección de las fichas por los investigadores Guillermo Ara, Rafael Alberto Arrieta, Roy Bartholomew, Ethel de Belva de Calvo, Carmelo Bonet, Julio Caillet-Bois, Renata Donbhi Halperín, Fermín Estrella Gutiérrez, Martín Noel y Luis Emilio Soto. La selección de los autores existentes o recién fallecidos, fue responsabilidad de la sección de Filosofía y Letras, y gran parte de las fichas fueron preparadas por el profesor Alfredo Roggiano, argentino residente en Iowa y miembro de esa Universidad. Como la publicación de estos dos volúmenes que comento tiene un carácter precario y la tarea impuesta exige un esfuerzo valiosísimo, el director Correia Pacheco manifiesta buena disposición para atender reparos y sugerencias, lo que espero no sea una simple cortesía. Consciente, pues, de las dificultades de todo cuerpo de tal especie, como enciclopedias, diccionarios y colecciones, puedo valorar algunos elementos de los dados en la presente edición.

Llama la atención del observador la cantidad de investigadores, profesores y críticos contemporáneos que aparecen en la obra. Casi opacados, y dentro de los autores del siglo xx, están los líricos y los narradores, entre los cuales faltan señaladamente los de las últimas promociones. En cuanto a la ausencia de los cultores del desarrollo literario-cultural de la época colonial, es inexplicable. La información y acumulación de datos cronológicos y bibliográficos es abundante y necesaria. Y, por último, algunas valoraciones pecan de parcelación, ya sea porque los autores se expresaron a través de distintos sectores de las letras —la crítica, la poesía, el teatro, la narrativa, la historia—, ya porque la obra de ellos ha sido fecunda y prolongada, como es el caso de Manuel Gálvez.

Gran parte del acopio bibliográfico se refiere a publicaciones periódicas, con lo cual se demuestra, por un lado, la necesidad de registrar revistas y prensa nacionales, y, por otra parte, se advierte el riesgo de trabajar exclusivamente con estudios y ensayos de estas publicaciones, dado que en ellos se suele dar una limitación de espacio, de método y de contenido, sobre todo, si es el trabajo algo circunstanciado. Como el *Diccionario* tiene un propósito divulgador, es útil la referencia a obras más alcanzables (historias, monografías, etc.) y es de apreciar la urgencia de distinguir —dentro de la bibliografía sobre el autor— las referencias sobre el escritor y las recopilaciones bibliográficas. Algo de esto se dice en algunas fichas, como por ejemplo, en la de Borges (pág. 257, Segunda Parte). En el texto mismo, se repiten constantemente las indicaciones detalladas de algunas obras de consulta o de uso obligado para las referencias. Esto hizo aumentar notoriamente el volumen de las páginas, lo cual se evitaría en la edición definitiva si se guarda la precaución de remitir al índice general de estudios.

Los escritores que aquí figuran se supone que sean los más representativos no sólo en el país, sino también dentro del continente. Desde tal punto de vista, fundamentación de la tarea perseguida por la Unión Panamericana, hay nombres que no responden con justeza. Como también se producen situaciones que rompen la consistencia del *Diccionario*. La época colonial, referida casi al siglo xviii, tuvo su importancia para el posterior desarrollo cultural de la Argentina. Dentro de un nivel continental y en la tradición hispánica nuestra, no se puede preterir a españoles avecindados o a viajeros o a creadores que escribieron sobre hombres y pueblos de la América. Con respecto a Chile, no se pudo desdeñar a Alonso de Ercilla; en los virreinos de Nueva España y de Lima no se puede dejar al margen a escritores como Bernardo de Valbuena y Diego de Hojeda, pongo por caso. En cuanto al país atlántico del Plata, aquí deben figurar nombres como los de Martín del Barco Centenera (*Argentina y conquista del Río de la Plata...* Lisboa, 1602), Pero Hernández (*Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*. Valladolid, 1555), fray Reginaldo de Lizárraga, padre jesuita Antonio Ruiz

Montoya y otros. En los actuales volúmenes, aparecen —por ejemplo— hombres como el francés Paul Groussac, y el anglo-argentino Guillermo E. Hudson. Si estos autores, extranjeros que cultivaron su expresión literaria en el Plata o argentinos por mero nacimiento, pues quedaron arraigados en una tradición lingüística diversa a la española, si estos autores —repito— están aquí presentes, con mayor sentido habrían estado los autores de la Colonia. Hasta en semejanza con el inglés Hudson, debió incorporarse al alemán Ulrich Schmidel (¿1510-1581?), autor de una crónica de viaje por el Plata aparecida en alemán. Entre los ausentes notorios, puedo indicar los nombres del español Juan Goyanarte (que según lo expuesto anteriormente merece igual trato que el de Groussac), del uruguayo dramaturgo Belisario Roldán (que como Florencio Sánchez, Augusto Mario Delfino y Juan Carlos Onetti, pertenece al sector platense y porteño), del crítico teatral y catedrático José María Monner Sans; de los dramaturgos y comediógrafos, Osvaldo Dragún, Leonidas Barletta, Enrique García Velloso, H. A. Murena y Manuel Kirschbaum; de los poetas, Héctor Pedro Blonberg, Eugenio Díaz Romero, Raúl González Tuñón y Pedro Juan Vignale; de los narradores, Roberto Arlt, Eugenio Cambaceres, Julio Fingerit, Luis Gudiño Kramer, Beatriz Guido, Adolfo Pérez Zelaschi, Manuel Peyrou, Francisco Sicardi y David Viñas. En cambio, son valoraciones discutibles las de José Sixto Álvarez (Fray Mocho), Juan Pablo Echagüe, Juan María Gutiérrez y Manuel Ugarte. Abundantes en información son las que corresponden a autores como Juan Bautista Alberdi, Emilio Becher, José Hernández, Vicente Fidel López, entre los fallecidos, y Margarita Abella, Francisco Luis Bernández, Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Antonio Pagés Larraza y Alfredo Roggiano. Algunas, como la misma de Borges, difusas en la valoración. En cuanto a las bibliografías, las obras en conjunto, entre Bioy Casares y Borges, por ejemplo, aparecen denominadas solamente en uno de ellos, en el ejemplo, están bajo el nombre de Bioy Casares.

Dados estos antecedentes, el *Diccionario de la literatura latinoamericana: Argentina*, ofrece una enorme utilidad, pues sólo mediante una publicación es factible remediar omisiones, desviaciones o confusiones que inevitablemente se deslizan en obras de esta especie. La labor de los profesores Giusti y Roggiano —quienes llevan el peso de la elaboración— debe ser apreciada en este sentido. Si autores más jóvenes, o si áreas como las del teatro no fueron más completas, es porque no se tienen a la mano los datos últimos o las obras todas. Los dos tomos dedicados a la Argentina pueden mostrar lo bueno y lo menos bueno que en su literatura se halla. Tal vez hay nombres de historiadores y polígrafos en exceso, pero en una edición definitiva de este *Diccionario* lo expresado puede remediarse o ponerse al día.

BENJAMÍN ROJAS PIÑA